

Doug Bock Clark

Los últimos balleneros

Tres años en el Pacífico junto a una tribu
valiente y un modo de vida en extinción

Traducción de Miguel Antón

1. La odisea lamalerana¹

10 de marzo de 1994 - abril de 1994

Frans — Ignatius — Yosef Boko — Fransiska

Hace unos quinientos años, en el extremo occidental del océano Pacífico, un tsunami destruyó el poblado de una tribu de cazadores-recolectores conocidos actualmente como lamaleranos. Tras una espantosa odisea, los supervivientes levantaron su nuevo hogar en Lembata, una isla tan remota que hoy en día los indonesios llaman a ese rincón de su país «La Tierra Olvidada». La costa de la bahía de Lamalera era demasiado rocosa y árida para el cultivo, pero los recién llegados no tardaron en descubrir que si apresaban un solo cachalote de los que se reunían en manadas frente a la costa obtendrían carne suficiente para alimentarse durante semanas.² Para lograr sobrevivir en este entorno hostil y entregados a una labor tan peligrosa como la caza de ballenas, los lamaleranos desarrollaron una cultura única que los antropólogos consideran una de las más solidarias y generosas del mundo, características esenciales cuando se necesita coordinar a docenas de hombres para derrotar a un animal colosal como la ballena y después repartir el botín en partes iguales.

En la actualidad, la lamalerana es una de las escasas sociedades de cazadores-recolectores que aún pervive,³ y es la única que lo hace gracias a la caza de la ballena. Aunque los lamaleranos arponean de todo, desde marsopas a orcas, su principal presa es

el cachalote, el mayor carnívoro dentado del planeta. Los trescientos cazadores de la tribu⁴ cazan unos veinte ejemplares al año, suficientes para alimentar con carne seca y cecina a los mil quinientos habitantes del poblado durante la austera estación del monzón, cuando las tormentas dificultan la pesca. Aunque existen varias comunidades *inuit* que todavía se dedican a la caza de la ballena, estos navegantes árticos dependen cada vez más de los alimentos importados y la pesca mecanizada, lo que convierte a los lamaleranos en el último pueblo cuya supervivencia está ligada en exclusiva a la caza de la ballena.⁵ Indonesia no es uno de los países firmantes del convenio internacional para la regulación de la pesca de la ballena, pero aunque lo fuera, la caza de subsistencia de los lamaleranos estaría permitida. Cientos de miles de cachalotes viven en libertad, por lo que la actividad pesquera de la tribu tiene escaso impacto en la población global de este animal.⁶

Durante cientos de años, la caza ha sido la base de la alimentación y la cultura lamaleranas. Mientras las tribus vecinas fueron abandonando paulatinamente sus costumbres ancestrales en favor de las modernas, los lamaleranos conservaron su particular modo de vida. Para ello limitaron la influencia externa y siguieron venerando a sus ancestros y defendiendo las Costumbres de los Antepasados, un conjunto de prácticas religiosas y balleneras que son el legado de generaciones. Pese a que algunas ideas procedentes del exterior (por ejemplo, el catolicismo extendido por misioneros jesuitas) han permeado en la tribu, las antiguas creencias permanecen firmemente arraigadas y los balleneros siguen practicando el chamanismo.

Sin embargo, en las dos últimas décadas los lamaleranos, al igual que muchos otros pueblos indígenas, se han visto sometidos a un bombardeo creciente de información, productos y tecnología que ha transformado hasta los rincones más aislados del planeta. Hoy en día, son muchas las amenazas que se ciernen sobre la tribu: los jóvenes abandonan la práctica ballenera para

emigrar en busca de una vida moderna; los buques de arrastre industriales explotan sus aguas; los empresarios y los activistas extranjeros intentan modificar su forma de vida, y además existen encarnizados debates internos sobre cómo afrontar las incógnitas que plantea la modernidad. A menos que los lamaleranos encuentren la manera de sortear estos problemas —cada vez más numerosos— sin renunciar a su identidad, se enfrentan a su final.

No están solos en esta lucha. Desde que los europeos colonizaron otros continentes en el siglo XVI, el azote de la extinción cultural ha reducido a la mitad el número de culturas en todo el mundo; solo en el siglo pasado se perdieron miles de ellas, y se prevé que en las próximas décadas desaparezcan otras tantas. En 2009, Naciones Unidas informó de que buena parte de los trescientos setenta millones de habitantes indígenas que habitan el planeta se enfrentan a amenazas similares a las de los lamaleranos,⁷ y aunque estos son casi únicos por su condición de balleneros, existen numerosos grupos que sobreviven gracias al pastoreo, la agricultura de roza y quema y la caza y recolección.

Por tanto, el caso lamalerano no solo nos advierte del peligro que amenaza a los diversos pueblos indígenas del planeta, sino también de la extinción cultural a gran escala que sufre la humanidad. Antes de la invención de la agricultura, todos los seres humanos eran recolectores. La transformación de esta identidad primaria en los modos de vida modernos es la historia de la evolución de nuestra propia naturaleza, para bien o para mal. Con esta rápida disminución de los modelos de vida, todos los pueblos, sean sociedades industriales o tradicionales,⁸ debemos plantearnos la siguiente pregunta: ¿qué perdemos con la desaparición de nuestras formas de vida originales? ¿Quiénes somos ahora? ¿Y en quiénes nos vamos a convertir?

En 1994, la mayoría de las amenazas exteriores ni siquiera habían asomado por el horizonte lamalerano. Cada mañana, los

cazadores entonaban sus plegarias a los Antepasados mientras izaban las velas de hoja de palma. A primeros de marzo, los chubascos del monzón de invierno que suelen interrumpir la caza de la ballena habían sido sustituidos por las nubes grises que a menudo cubren el cielo justo antes de la estación seca, momento en que se reanuda la caza.

El 10 de marzo de ese año, los miembros de la tribu estaban acondicionando el camino de tierra del poblado, destrozado después de los tres meses de lluvias, cuando alguien avistó un cachalote golpeando el mar de Savu. «¡Baleo! ¡Baleo! ¡Baleo!», gritó. Quienes lo oyeron soltaron las palas y corrieron hacia la playa, pero había tanta gente trabajando en el camino, en la cima de la montaña y al otro lado, que los hombres que se reunieron en la orilla solo pudieron echar al mar seis de las veintiuna téna.

Ignatius Blikololong, padre de Ondu Blikololong, se despidió con prisas de su esposa, Teresea Hariona, que estaba a punto de dar a luz. Ignatius era uno de los arponeros de más renombre de la tribu, a pesar de su cuerpo menudo y de haber cumplido ya los cuarenta y cuatro años, y como lamafa no solo era responsable de alimentar a su familia, sino de atravesar con su arpón la presa que se dividiría entre todo su clan. Por eso, a pesar de que el bebé podía nacer en cualquier momento, supo que no podía faltar a su deber, menos aun cuando la tribu casi había agotado las reservas de provisiones durante los meses de monzón en espera de poder cazar de nuevo. Su despedida fue especialmente emotiva comparada con la de otras parejas lamaleranas que se dijeron adiós sin mayores aspavientos. Ignatius y Teresea habían tenido que luchar contra viento y marea para sacar adelante su historia de amor, gafada por un sinfín de disputas familiares, y después de sortear tantas dificultades ambos se prodigaban efusivas muestras de cariño. A su hijo Ben, de siete años, solo tuvo tiempo de decirle adiós con un gesto de cabeza antes de subirse a la hâmmâlollo de la *Téti Heri*.

Yosef Boko Hariona se despidió de Jon, su nieto de dos años. Desde que su padre los había abandonado a su madre y a él, el niño solía llorar mucho en las despedidas. Yosef Boko ya había cumplido los sesenta, pero seguía saliendo a cazar ballenas porque era el único hombre de la familia, formada por su esposa, su hija y los hijos de esta. Se reunió con Ignatius en la *Téti Heri* y aferró el remo que hacía de timón de espaldilla; tal vez no bogara ya con la fuerza de un hombre joven, pero al timón era diestro como el que más.

Fransiskus «Frans» Boli Bediona, el chamán, era un hombre bajo y fornido de treinta y seis años, con barba tupida y pelo largo. Al escuchar el baleo, se despidió impaciente de su mujer, la hermana pequeña de Ignatius, y de sus tres hijos, demorándose tan solo para dar un beso a la pequeña Bernadette, a quien llamaba Bena. Sentía por la caza de la ballena un fervor casi religioso, porque lo vinculaba con los Antepasados tanto como los sacrificios de animales y los demás rituales que llevaba a cabo como chamán. Frans era el arponero de refuerzo de la téna *Kelulus*.

Mientras perseguían los surtidores blancos que se recortaban contra el negro oleaje y el cielo encapotado, las seis improvisadas tripulaciones cantaban. Aún estaban en la Edad del Canto, antes de que los motores fueraborda silenciasen sus voces. Todos los hombres se sumaron al coro y, mientras remaban, entonaron al unísono:

Kidé ajaka tani-tena
Lié doré angina
Hari hélu bo kanato.

(Muchas viudas y huérfanos claman
 que el viento se nos una
 y que a nosotros los peces acudan.)

Existe una canción diferente para cada tipo de presa,⁹ hay canciones que celebran una caza exitosa y otras que lamentan la vuelta al hogar con las manos vacías. En tierra, hay canciones específicas para talar árboles, otras para construir barcas, elaborar harina de arroz, tejer pareos, acunar bebés o relatar las historias de los Antepasados. Cada aspecto de la vida tiene su propia canción. Los lamaleranos cantan con un agudo tono nasal, ligando sus coros con ululatos y espeluznantes notas sostenidas.

Estos cantos trascienden la música, porque en realidad son plegarias. Los lamaleranos profesan una especie de animismo mezclado con catolicismo, al que añaden la veneración de los antepasados. Para ellos, todo está dotado de espíritu, desde sus presas hasta el sol, y debe ser honrado. Tal vez los Antepasados hayan fallecido, pero sus fantasmas acompañan aún a sus descendientes. Así pues, los cantos de los lamaleranos pretenden influir tanto en el mundo espiritual como en el físico: ruegan que se levante el viento, que sus progenitores los protejan y que acudan las ballenas. Los cachalotes que persiguen no son solo animales, sino obsequios enviados por los Antepasados como recompensa por seguir sus designios. Mantener un vínculo fuerte con los espíritus es clave para tener éxito en la vida.

Cuando el grupo de téna acortó distancias con la presa, Ignatius se desplazó haciendo equilibrios hacia el extremo de la hâmmâlollo. Al timón, Yosef Boko marcó el ritmo, y sus hombres bogaron a una con perfecta coordinación. Como una manada de lobos, toda la flota convergió para atrapar a la manada de crías de *kotekëlema*, la ballena de cabeza grasa, el regalo de los Antepasados. Para derrotarla, toda la tribu debía mantenerse unida.

Las ballenas trataron de dispersarse. La barca de Ignatius se acercó lo bastante a una de ellas como para leer en su piel gris el

historial de victorias del animal, un sinfín de cicatrices ovaladas grabadas allí por las ventosas de los calamares gigantes devorados a dos pies de profundidad. Ignatius saltó con determinación sobre el lomo de la ballena y hundió el arpón medio metro en la carne blanda, bajo la joroba dorsal, antes de nadar de vuelta a la téna.

La estrategia de los lamaleranos consiste en clavar tantos arpones como sea posible, y pronto otras téna sumaron sus armas. La ballena se cansaría de tirar del peso de varias barcas, y los cazadores podrían atacarla por todos los flancos. De una en una las téna no eran rival, pero en equipo podían vencer.

Al principio, la batalla tuvo lugar tan cerca de la orilla que las esposas de los balleneros la presenciaron como si los promontorios fuesen gradas y el mar, un estadio. Fransiska Hariona, la esposa de Yosef Boko, era dada a inquietarse, pero las espumosas explosiones que levantaban las ballenas le preocupaban menos que perder de vista a Jon, su bebé. La caza de la ballena comportaba riesgos, los hombres resultaban heridos e incluso, en ocasiones, perdían la vida, pero todo ello formaba parte de una rutina tan establecida que la sensación de peligro se veía amortiguada. Además, las mujeres lamaleranas tenían sus propios asuntos de los que ocuparse: moler arroz, curar los filetes de ballena, hacer trueques con las tribus de la montaña o tejer pareos con algodón silvestre para teñirlos después con tintes extraídos de raíces.

Dos de las téna debilitaron pronto a una hembra de treinta toneladas y a la que probablemente era su cría —de tres metros de envergadura y aún sin dientes—, y las condujeron a golpe de remo a la orilla entre cánticos agradecidos por el regalo de los Antepasados. Pero la *Téti Heri* y la *Kelulus*, junto con otras dos téna, fueron arrastradas más allá del horizonte por otra pareja de ballenas.

Las mujeres volvieron a sus quehaceres, sin apartar del todo la vista del mar. Al atardecer, en vez de ver asomar las velas, se

alzó un frente de tormenta. Los Antepasados prohibían el uso de motores en la caza, pero la tribu disponía de dos esquifes equipados con motor fueraborda y se los envió en busca de los cazadores desaparecidos. Sin embargo, la lluvia comenzó a caer como metralla y el equipo de búsqueda se vio forzado a volver.

Con la llegada de la noche cesó la lluvia y la tribu encendió hogueras en la playa para que sirvieran de faro, pero luego empezó a llover de nuevo con fuerza y el agua las apagó. Cuando Fransiska y las demás esposas intentaron colgar lámparas de gas bajo el toldo de los cobertizos de las barcas, el diluvio atenuó la luz. El mal tiempo las inquietaba, pero las cazas solían durar horas, y una o dos veces al año se extendían durante toda la noche. Aún no tenían motivos para preocuparse.

Excepto Teresea Hariona, esposa de Ignatius y pariente más cercana de Yosef Boko, que estaba acucillada en su cabaña de bambú, abrazándose el vientre preñado. Ben, su hijo pequeño, dormía cerca en un colchón hecho de viejos sacos de arroz rellenos de vainas de maíz; aunque había procurado mantenerse despierto para esperar a su padre y consolar a su madre inquieta, había sucumbido al cansancio. De vez en cuando se levantaba y miraba el mar agitado a través de la tormenta, preguntándose quién llegaría a casa antes, si el bebé, que nacería de un momento a otro, o Ignatius.

Durante cinco horas, mientras la pareja de ballenas arrastraba a las embarcaciones hacia el este —cada ballena llevaba enganchadas dos téna—, los cazadores aprovecharon para descansar, seguros de que la pérdida de sangre combinada con el esfuerzo de arrastrar las embarcaciones dejaría exhaustas a sus presas. Pero a medida que el Labalekang, el volcán que se alzaba tras el poblado de Lamalera, menguaba y dejaba de ser un pico de mil quinientos metros de altura para convertirse en un dedal de tierra, los cetáceos no desfallecieron. A última hora de la

tarde una tempestad cubrió el horizonte, y entonces los lamaleranos comprendieron que debían dar caza de una vez a las ballenas o enfrentarse a la tormenta.

Frans y su lamafa lograron arponear de nuevo a su ejemplar, pero en respuesta la proa de la barca encajó un golpe directo de cola y la tripulación se escabulló a popa mientras la ballena se ensañaba con la parte frontal. Ciaron con denuedo, pero dando suficiente estacha para permanecer atados a la ballena. Una vez ganaron cierta distancia, taponaron con sus pareos las dos grietas del casco consecuencia de los embates, lo cual no impidió que siguieran embarcando agua.

La otra ballena, la que habían arponeado Ignatius desde la *Téti Heri* y el otro lamafa desde la *Kéna Pukã*, se libró por fin de las estachas y se sumergió. La única posibilidad de volver a Lamalera con una presa consistía ahora en virar y perseguir a la ballena que acababa de desarbolar a la *Kelulus*, y eso hicieron. El animal no había logrado zafarse del todo y seguía ligado por las estachas a la *Kelulus* y la *Kebako Pukã*, la barca insignia de la flota.

Ignatius hundió otro arpón en la ballena y distinguió entre el fragor de la batalla al monstruoso animal. Tenía franjas blancas en la cabeza y el vientre, como si fuese en parte albino, y la mandíbula inferior partida en dos a causa de una antigua pelea. Al recibir el impacto del nuevo arpón, la ballena recurrió a la cola: se dio la vuelta para hacerla emerger del agua, con el morro apuntando hacia el lecho marino, y golpeó fuertemente el oleaje con las aletas. Ignatius ordenó la retirada, dando estacha.

Para cubrir la huida de la *Téti Heri*, la *Kebako Pukã* hundió un décimo arpón, pero la ballena contraatacó perforando la traca de proa. La mitad de los miembros de la tripulación se apresuraron a taponar la vía de agua con las camisas; el resto achicaron agua y ciaron.

Estorbada por las dificultades, la flota permitió al oponente ganar cientos de metros de estacha, y las dos embarcaciones

remaron hasta abarloarse para comentar la situación. Algunos hombres aseguraron que durante el primer ataque habían visto a la ballena amamantando una cría, el ballenato al que habían matado las otras ténas. Supusieron que el deseo de venganza había enardecido a la madre. Ignatius temió que no fuese un animal, sino que se tratase de un monstruo infame, pues a pesar de que solo medía unos catorce metros ya había infligido más daños a la flota que ballenas mucho más grandes.

Hacia poniente, el sol se convirtió en ascua y unas nubes cada vez más cargadas taparon sus últimos rayos. Mientras la ballena los arrastraba hacia la tormenta, Ignatius comprendió que el animal los había atrapado a ellos, y no al revés. Agitó un cuchillo desollador desde la *hâmmâlollo* para llamar la atención de los compañeros y dijo: «¡Ha llegado la hora de cortar la estacha y volver a casa!».

Pero los balleneros respondieron: «¡No la sueltes! ¡Mañana la venceremos!». Y siguieron adelante.

La noche ensució el atardecer. Los hombres utilizaron las piedras de afilar a modo de martillo para reparar los tablones rotos, luego aseguraron la traca con cabo y calafatearon las vías de agua con estopa embreada. Las estrellas se apagaron cuando una oscuridad aún más negra conquistó el firmamento. Destellaron los relámpagos, tamborilearon los truenos, e inmediatamente la lluvia empezó a golpear a los lamaleranos. El oleaje inundó las ténas. Los hombres se cansaron tanto de achicar agua utilizando cáscaras de coco que hubo que establecer turnos. Ignatius trabajó impasible y sin descanso, a diferencia de otros muchos, intentando ignorar lo mucho que echaba de menos a su esposa, la preocupación por si su hijo habría nacido ya y la culpabilidad que sentía por no estar con ellos.

La tormenta aflojó en torno a la medianoche. Frans se escurrió la barba nudosa y la mata de pelo para poder llevarse unas gotas de agua a los labios; tal había sido la premura de la flota por entrar en batalla que apenas habían llevado consigo comi-

da o agua. Echaba de menos a su mujer y a sus hijos, pero aún conservaba el entusiasmo por la caza: convencido de que los Antepasados ponían a prueba el temple de sus descendientes, estaba dispuesto a superar el desafío. Las provisiones de cecina de ballena de su clan, como las de tantos otros, se habían reducido considerablemente.

Los hombres se acostaron sobre adujas de cabo y lona. Yosef Boko desarmó su remo, inútil frente a la descomunal fuerza de la ballena, pero se mantuvo despierto, siguiendo sus evoluciones telegrafiadas a través de la estacha. Era obligación suya guiar a los hombres de vuelta a casa, y aunque no fuera capaz de ponerlos a salvo, sentía la responsabilidad de cuidar de ellos. Le estremecía la sensación premonitória de que esa ballena acabaría vencéndolos. Cuando Ignatius se había ofrecido a cortar la estacha, le había alentado en silencio. Si moría, ¿quién cuidaría de su esposa y de sus nietos, incluido Jon?

Para cuando se insinuó la aurora, la ballena de la mandíbula rota los arrastraba mar adentro, lejos de la costa, sin dar muestras de cansancio.

Ignatius instó a ambas téna a agruparse y dijo: «Ayer debimos ofender a los Antepasados y por eso la ballena se muestra tan fiera. Debemos limpiarnos la boca para que Dios nos confíe esta presa y el poblado pueda comer». Los cazadores rezaron.

Poco después, el animal por fin dio muestras de agotamiento. Ya no salía a flote para sumergirse de nuevo, sino que nadaba torpe en la superficie, y en lugar de expulsar un chorro de agua emitía una leve columna de vaho, como si hiperventilara. Creyéndola debilitada, Ignatius no tomó un arpón del estante de armas, sino que aseguró un bichero herrumbroso a una vara de bambú y ordenó a sus hombres remar con disciplina. Introdujo el gancho del bichero en el espiráculo de la ballena y tiró con fuerza. La cabeza colosal se volvió hacia él. Un ojo enorme lo evaluó.

La ballena expulsó un chorro, desalojando el gancho. Luego

descargó un cabezazo tan duro sobre la *Téti Heri* que el calafateo saltó de las grietas en la tablazón y el mar de Savu empezó a inundar lentamente la barca.

Entonces Ignatius concibió una aterradora posibilidad. Tal vez la ballena se había hecho la muerta, intentando atraer a la flota. El surtidor no estaba manchado de rojo, por tanto, ninguno de los aproximadamente doce arponazos había penetrado sus órganos vitales. Solo tenía heridas superficiales.

La ballena golpeó la *Téti Heri* con la cola hasta que la barca reculó escorada. A continuación partió la *hâmmâlollo* de la *Kéna Pukā*, mientras que la *Kelulus*, renqueante ya, sufría una embesitada en proa al tratar de cubrir la huida de sus compañeras.

Pero eran muchos, Frans incluido, los que deseaban proseguir la batalla para cobrarse una presa que bastaría para dar de comer a la tribu durante los dos meses que faltaban para que arrancase la estación de caza. Los lamafa de las cuatro naves se reunieron en falange a proa de la *Kebako Pukā*, la única barca intacta, empuñando lanzas hechas con *duri* —unos cuchillos desolladores tan largos como el antebrazo de un hombre— atados al asta de un arpón. Decidieron atacar a la ballena en la perpendicular, maniobrando con objeto de mantener las distancias respecto a su cola. Pero por muchas que fuesen las heridas infligidas en su piel lacerada, el chorro que expulsaba la ballena no cambiaba de color.

Ignatius estaba afilando el *duri* con una piedra de amolar cuando el casco saltó a sus pies y estuvo a punto de catapultarlo; la ballena había resquebrajado la proa de la téna, y ambas mitades del casco permanecían unidas a la quilla como las valvas de una almeja.

Los hombres abandonaron el pecio y nadaron hacia la *Téti Heri*, la única que aún era capaz de navegar. La ballena azotó el mar con la aleta caudal, como desafiando a los lamaleranos a subir de nuevo al cuadrilátero. Ignatius, Yosef Boko y muchos de los hombres se habían convencido de que su adversaria no

era una ballena real, sino un espíritu maligno, una «ballena diablo», y finalmente decidieron cortar las estachas que los ligaban a ella.

Pero las estachas no eran simples cabos manufacturados, de usar y tirar, sino los *leo*,¹⁰ los «cabos espíritu» de la téna, y sus almas estaban hermanadas con las de la casa de los espíritus de cada clan,¹¹ donde residía el núcleo de su poder. Los leo estaban confeccionados con algodón silvestre y con corteza de palmera buri y de hibisco, y cada uno llevaba semanas de trabajo a la comunidad. No podían deshacerse de ellos sin más. Se decidió que alguien nadaría entre las aletas de tiburón que acuchillaban la superficie de aquel mar ensangrentado para cortar las estachas tan cerca del extremo del arpón como fuese posible y salvar así una buena porción de leo.

Frans se prestó voluntario para la misión. Mientras se deslizaba a lo largo de la estacha impulsándose con una mano y aferrando un duri con la otra, no temió a los peces martillo, los tiburones blancos ni los tiburones tigre que nadaban bajo él entre la bruma roja. Cuando unos pocos de ellos acertaron distancias y lo golpearon con el morro como hacen los perros, él les propinó una patada en la zona del hocico. Los lamaleranos creen que un tiburón nunca atacará a un hombre de corazón puro, y él se tenía por uno. De hecho, cuando cazaban tiburones, solía subirlos a pulso a la téna para abrirlos en canal. (Un antropólogo que convivió con la tribu en la década de los ochenta del siglo pasado describió haber visto a algunos hombres nadando en las rompientes de bahía Lamalera y arrastrando tiburones tigre de la cola hasta la orilla, donde los mataban a golpes.)¹² Cuando se aproximó a la ballena, que nadaba muy despacio, los tiburones se dispersaron para mantenerse lejos de la enorme cola. Él, sin embargo, se acercó a poca distancia de las aletas y cortó las cuatro estachas que quedaban, pues al menos otras seis se habían partido. Desde la téna se cobraron las estachas, y él aprovechó la última para regresar a nado junto a sus compañeros.

La ballena se alejó seguida por una estela de aletas dorsales. Lanzó un chorro de agua, levantó la aleta caudal en señal de amenaza o a modo de despedida y después se sumergió para no volver más a la superficie.

Los lamaleranos trataron de reparar las embarcaciones lo mejor que pudieron. La tripulación de la *Kéna Pukā* afirmó la proa con cabos, juntando lo bastante los tablones para que la nave no embarcase más agua. Podía llevar a bordo una dotación mínima. Pero aunque la *Kebako Pukā* y la *Kelulus* se repararon de forma similar, apenas lograban soportar el peso de Frans y unos pocos valientes que achicaban agua a bordo. El resto de las tripulaciones de estas dos téna transbordaron a la *Kéna Pukā*, salvo un hombre que subió a bordo de la *Téti Heri*. A continuación los balleneros formaron la flota en línea, con la *Téti Heri* en cabeza, seguida por la *Kéna Pukā*, y ambas remolcando a la *Kelulus* y a la *Kebako Pukā*, que se iban a pique por momentos. En ningún caso se planteó abandonar las téna dañadas, ya que los lamaleranos creen que las barcas balleneras tienen su propio espíritu, igual que las personas. Frans sentía que la *Kelulus* y la *Kéna Pukā*, en las cuales había servido a menudo, habían cuidado de él en situaciones difíciles, igual que «una gallina protege a su polluelo», y era su deber mantenerlas a salvo.

Las nubes asfixiaban la luz del sol y el horizonte ocultaba la costa, y eso les impidió situar el norte. Para ahorrar fuerzas, ya que no habían probado bocado y solo habían bebido agua de lluvia desde que embarcaron, optaron por jugar a la lotería del viento. La tripulación de la *Téti Heri* erigió un palo bípode de bambú de seis metros de altura del que izaron una vela parecida a un papiro gigante. Estaba hecha de docenas de tiras de hoja de palmera seca de veinticinco por veinte centímetros entretejidas sobre una rejilla de cabo. Fuera de Lamalera se ven pocas velas así, pero hubo un tiempo en que flotas enteras surcaban las aguas del Pacífico enarbolando velas como esa. Los ballene-

ros la orientaron para aprovechar el céfiro, y la téna se deslizó por el oleaje.

A media tarde, en dirección sureste, asomaron por el horizonte como un banco de nubes colinas bordeadas de palmeras. Era Isla Semau. El hallazgo les permitió ubicarse, pero las noticias no eran muy halagüeñas: Semau distaba más de cien millas de su casa.

A medida que caía la noche, otro tifón se dirigió hacia ellos con paso fanfarrón. A esas alturas, era evidente que las barcas más dañadas los estaban retrasando, y los hombres de la *Téti Heri* ordenaron a Ignatius pedir a las otras tripulaciones que los dejaran adelantarse. Ignatius esforzó la voz ronca para imponerla al gruñir de la borrasca. «¿Podemos adelantarnos? El viento sopla fuerte. Informaremos al poblado de lo sucedido y de vuestra posición.»

Frans estaba furioso. Era impensable que la tripulación de la *Téti Heri* considerase siquiera abandonarlos. Ese no era el espíritu de los lamaleranos. La piedra angular de las Costumbres de los Antepasados es la unidad de la tribu, que está por encima de todo, tal como expresa el dicho transmitido de generación en generación: *Talé tou, kemui tou, onã tou, mata tou*. Una familia, un corazón, una acción, un objetivo.¹³

«¡Vivimos y morimos juntos!», respondieron los hombres de las téna maltrechas. «¡No podéis adelantaros!»

El oleaje se cubrió de cabrillas. La dotación de la *Téti Heri* instó a Ignatius a probar de nuevo.

Ignatius tenía sentimientos encontrados: nunca abandonaría a los suyos, pero ¿las posibilidades de sobrevivir no aumentarían si la *Téti Heri* se adelantaba y pedía ayuda? ¿De qué serviría morir en solidaridad con los demás si eso dejaba sin padre a sus hijos, incluido el bebé que estaba a punto de nacer? Además, no era una petición. Por mucho que quisiera quedarse, no podía vetar la decisión que tomaran sus hombres.

«¿Podemos adelantarnos para que el poblado sepa que no hemos muerto y puedan enviaros ayuda?», preguntó Ignatius.

De nuevo se rechazó la propuesta, solo que esta vez, mientras voceaba a sus hermanos, su dotación desamarró el cabo que los unía. Desembarazada, la *Téti Heri* se adelantó impulsada por la tormenta, superando la turbulencia. Las demás téna empequeñecieron hasta convertirse en tres velas cabeceantes. Poco después el frente las cubrió.

Ignatius no pudo contener las lágrimas. Era como si se hubiese visto obligado a negar a sus Antepasados y a los miembros de su tribu. Sabía que los espíritus siempre se cobraban venganza por esas afrentas, tanto a nivel individual como colectivo.

La noche se hizo más y más densa, y la tormenta amenazó con usar su vela de palanca para zozobrar la *Téti Heri*. Fue necesario que dos de los hombres ayudasen a Ignatius a desarmar el palo, pese a que en otras circunstancias uno solo hubiera bastado para hacerlo. Cayeron sobre ellos gotas gordas como perdigones. La tempestad redobló la negrura nocturna y los zarandeo a su antojo, y el mar rebasó los costados de la téna. Los remeros se acuclillaron entre las bancadas y achicaron agua como pudieron. Aquellos que estaban demasiado cansados para trabajar se cubrieron con la vela. Ignatius reunió en cinco ocasiones a la dotación y dirigió el rezo de una plegaria, hasta que el agua se acumulaba de tal modo que debían ponerse a achicar de nuevo.

«Todos somos hermanos», pensó Ignatius. «Habría sido mejor haber muerto juntos. Señor, llévanos al menos hasta la costa para que nuestras familias encuentren nuestros cuerpos, nos ofrezcan un funeral adecuado y podamos unirnos a nuestros Antepasados.»

Ese viernes por la noche, mientras la tormenta sacudía el mar, el octavo hijo de Ignatius y Teresea llegó al mundo entre sollozos. Pese a ser una niña, la llamaron Ignatius Seran Blikololong Jr., porque la familia estaba convencida de que su padre había

muerto. Bautizarla con su nombre era una manera de llamar a su alma perdida de vuelta al hogar.

La mañana del sábado, el alba se insinuó entre destellos tras las nubes húmedas, como la llama de una linterna encendida con aceite de ballena tras la pantalla tejida con bambú. La abuela Fransiska, que había dormido en la playa para atender las hogueras que hacían las veces de faro, se despertó con arena en el pelo. El día anterior no había querido comer, convencida de que la desaparición de Yosef Boko era algo grave. Ignoraba a su nieto Jon, que lloraba y la arañaba para llamar su atención. Cerca, Maria Kleka Blikololong, esposa de Frans y hermana de Ignatius, también había permanecido despierta mientras sus familiares cuidaban de los pequeños.

En torno a un centenar de esposas esperanzadas pero temerosas vieron partir al resto de la flota, unas diecisiete barcas, que se dispersaron para cubrir todos los puntos cardinales en busca de los hombres desaparecidos. Iban cargadas con cocos, agua y arroz envuelto en hoja de banana. Los varones de varios de los veintiún clanes de la tribu se hallaban en ese momento más allá del horizonte.

Durante la primera noche de ausencia de los balleneros el resto de la tribu había mantenido los nervios bajo control. Pero la inquietud se generalizó cuando tras el segundo día no hubo ni rastro de las barcas. El mar de Savu no es ancho: en una mañana despejada se insinúan los picos de la isla de Timor al otro lado de los acantilados de Lamalera. Incluso si las téna se habían visto arrastradas al sur, fuera del mar de Savu, al océano Índico, podrían haber navegado de vuelta hasta un punto donde las embarcaciones de rescate hubiesen avistado sus velas.

Conforme el tercer día fue declinando, todo el mundo supo que la posibilidad de que los hombres regresaran a casa a salvo era remota. Aunque la tripulación de las téna hubiese sobrevivido a las dos fuertes tormentas que se habían desatado en el mar y a la propia ballena, no se habían llevado provisiones consigo.

Los balleneros morían con una descorazonadora regularidad: el sacerdote católico del poblado inauguraba cada estación de caza leyendo en voz alta los nombres de las docenas de hombres fallecidos en el mar durante el siglo pasado.

Los ancianos se reunieron bajo el baniano, en el centro del pueblo, para tratar de averiguar qué ofensa habían cometido contra los Antepasados y cómo rectificarla para poner fin al castigo. También se envió un mensajero a la capital de la isla, un maratón de cuarenta y cinco kilómetros a través de las montañas, para que las autoridades emitiesen un mensaje de alerta por radio a los buques en tránsito. Cuando el sol se ponía tras Labalekang, la tribu se reunió en la playa, donde el sacerdote celebró una misa.

Poco después, como por voluntad divina, alguien avistó una vela con forma de diamante en el horizonte. Enviaron una motora cargada de alimentos en busca de la téna. Al rato, un hombre con prismáticos anunció a la multitud reunida en la playa que la motora llevaba a remolque a la *Téti Heri*. Circuló un rumor que apuntaba a la presencia de un cadáver a bordo. Después de todo, los balleneros llevaban casi tres días en el mar sin agua potable. La abuela Fransiska lloró, consciente de que Yosef Boko tripulaba la *Téti Heri*. Maria se preguntó dónde estaban su marido y las demás barcas.

El sol casi se había apagado cuando los hombres arrastraron la téna a la orilla y ayudaron a desembarcar a un grupo de esqueletos vivos y quemados por el sol. Se les había pelado la piel del pecho y los muslos porque habían utilizado camisas y pantalones para tapar los agujeros de la barca; tenían los labios hinchados, cortados y llenos de ampollas; les brillaban los ojos, inyectados en sangre. Ayudados cada uno de ellos por dos hombres, apenas podían caminar.

Sus compañeros tuvieron que abrir uno a uno los dedos con los que Yosef Boko aferraba el timón de espaldilla antes de ayudarle a bajar de la barca. Apenas había pegado ojo durante toda

la travesía, convencido de que mientras él estuviese al timón, era responsabilidad suya cuidar de sus hombres. Tras su ayuno, la abuela Fransiska tenía el mismo aspecto macilento que él. La demacrada pareja se abrazó, rota en sollozos, pese a que ambos solían alardear de su discreción. Lusía Hariona, hija de Yosef Boko y madre de Jon, lo ayudó a subir por el promontorio, mientras Jon se tambaleaba tras ellos entre llantos. Una vez en casa, Yosef Boko se quitó la sal con una ducha de cubos de agua, devoró un plato de arroz blanco y luego durmió casi un día entero.

Mientras al resto de los hombres los rodeaban sus familias, Ignatius deambuló solo y desconcertado por la playa. El miedo lo atenazó. ¿Dónde estaba su esposa? ¿Se habría complicado el embarazo? Una pariente se le acercó y le golpeó en el hombro. «¿Dónde está mi marido?», preguntó a gritos. «¿Dónde está mi marido?»

A Ignatius le dolía la garganta de lo seca que la tenía y era incapaz de articular palabra porque no había podido ingerir el agua y la banana machacada que le había ofrecido la tripulación de la motora. Además, ¿cómo iba a explicarle que habían abandonado a su esposo?

Pero entonces su hija mayor se abrió paso entre la multitud y lo abrazó. «¡Has tenido una hija!», le informó. «Le íbamos a poner tu nombre, pero ¡has vuelto!»

Ignatius balbuceó una disculpa, ronco, por no haber estado presente, pero su hija se rio. «¡Lo importante es que ya estás en casa!»

En su choza, cuando Ignatius tuvo en brazos por primera vez a la recién nacida, reflexionó sobre el hecho de que ni siquiera tuviese nombre aún, acarició la pureza de esa infinidad de posibilidades, y casi lloró intentando decidir cómo llamarla, porque su hija ya no tenía por qué llevar su nombre masculino. Entretanto, su hijo Ben se le aferraba a la pierna como si jamás fuese a soltarlo.

Después de que las familias felices volvieran a sus casas, solo quedaron en la playa las esposas de aquellos que no habían regresado. Siguieron alimentando, desoladas, las hogueras que ardían en los promontorios, donde también se consumían sus esperanzas. Maria lanzó madera seca a las llamas como si fuese una ofrenda y aquella luz desesperada pudiese invocar a su marido desaparecido. Agradeció la vuelta de su hermano Ignatius, pero el hecho de que tantos hombres se hubiesen salvado y Frans no, solo ahondaba su pesar. Estaba segura de ser viuda, un estado que toda mujer lamalerana temía no solo por la pérdida que comportaba, sino porque además su fe católica les impedía volver a casarse: si Frans no regresaba, sus tres hijos y ella tendrían que vivir de la caridad.

Cada pocos minutos el eco de las caracolas resonaba en la negrura. Después de que el capitán de la *Téti Heri* admitiera haber abandonado al resto de la flota, las motoras partieron haciendo sonar las caracolas de mar. Entre nota y nota, Maria y las demás esposas aguzaban inquietas el oído por si las téna perdidas respondían a la llamada. Cerca de la medianoche, las motoras regresaron a casa: la búsqueda no había tenido éxito. Los llantos de las mujeres despertaron a todo el poblado.

Pese a todo, durante varios días, Maria aguardó en la playa la llegada de unas velas que nunca aparecieron. Con el paso del tiempo, perdida la esperanza, los clanes enviaron buceadores a buscar conchas de nautilo, huesos a los que la eternidad había dado forma, y que sepultaron en el lugar que debían haber ocupado los fallecidos.

La tarde del viernes, cuando la *Téti Heri* los abandonó, Frans tuvo la impresión de que los traidores tardaban lo suyo en dejar atrás la flota. Cada vez que la lejana téna se hundía en el seno de las olas, como si por fin fuese a desaparecer, resurgía de nuevo, asomando la punta de la vela cuando otra ola la levantaba.

Mientras Frans observaba cómo su cuñado lo abandonaba, pensó en sus tres hijos, y en especial en Bena, de solo nueve meses, y en su risa efervescente. Los Antepasados apenas le habían concedido tiempo para conocerla. Intentó no dar muchas vueltas a las dificultades por las que pasarían sus hijos sin un padre que los protegiese. Confió en que Ignatius se hiciera cargo de ellos, porque el resto de los parientes masculinos del clan Mikulangu Bediona estaban casi todos a bordo de aquellas tres téna que ya eran más pecio que barca. Si no volvían a casa, el clan quedaría diezmado.

Poco después, la vela de la *Téti Heri* dejó de asomar.

Las condiciones de Frans y sus hombres eran desesperadas. Ya se habían comido las pocas bananas que había a bordo y habían dejado seca la tina de arcilla. Frans había calafateado una vía de la *Kelulus* con la camisa y solo vestía el pantalón corto; tenía la piel del pecho y los hombros quemada por el sol. Treinta y cuatro hombres se arracimaban en la *Kéna Pukā*, en la que normalmente no iban más de catorce tripulantes, y la embarcación se hundía tanto que las olas no dejaban de rebasar la regala.

Pero Frans jamás se hubiera marchado con la *Téti Heri*. La *Kéna Pukā* era la téna de su rama del clan Bediona, los Mikulangus, mientras que la *Kelulus* servía a otra rama. No hubiese abandonado su nave, igual que no hubiese abandonado a un primo malherido en el campo de batalla. Cada clan tiene una téna, considerada como un ser vivo, y su alma está ligada a la casa de los espíritus de su estirpe, el templo familiar. Es esta dimensión espiritual de las téna lo que empuja a las tribus a seguir construyendo las barcas según las técnicas ancestrales y las convierte en las últimas embarcaciones cosidas del mundo, aunque en tiempos los mares del sudeste asiático e incluso de Europa estuvieron repletos de ellas. En su construcción está prohibido el uso de clavos, tornillos y demás herramientas modernas, y todos los materiales provienen de la jungla, puesto que todas son una copia de la téna original en la que los Antepasados navegaron

hasta Lamalera, la *Kebako Pukā*. Los balleneros podrían haber arrojado parte de los aparejos para aligerar la carga de sus barcas, que se hundían poco a poco, pero creían que las velas eran el pareo de la nave y que sin ellas quedaría desnuda.

La tempestad los arrastró al este hasta que atisbaron la punta torcida del Labalekang. El volcán, con su kilómetro y medio de altura, coronaba su isla y a esa distancia se antojaba un hormiguero, pero verlo supuso un consuelo. Empezaron a bogar sin fuerzas, remaban un poco y luego descansaban. Los negros nubarrones se precipitaban a su espalda como una avalancha. La noche no tardó en ocultar el Labalekang. Entonces la tormenta se les echó encima. Pese al oleaje que los hombres se apresuraban a achicar con brío, Frans agradeció el alivio de librarse de la tortura del sol. La lluvia resultó también una bendición, y bebió el agua que le resbalaba por los poblados rizos melanesios, mientras los demás aprovechaban una vela para canalizarla hasta las gargantas resacas.

Emergió el alba sin bruma ni pájaros azulejos a la vista. Pero el Labalekang se había esfumado. La tripulación se había desorientado durante la noche, y la tempestad había jugado con la flota como si fuera una peonza. Nadie había tenido fuerzas para levantar siquiera un canaleta, así que el viento los había empujado a su antojo. Cada pocas horas, los hombres habían rezado juntos por su salvación.

El sol se reflejaba en el mar, atacándolos tanto desde el firmamento como desde la superficie del agua. A Frans le dolía mucho la garganta y no podía ni hablar. Tenía los labios tan resacas que se le habían agrietado. Sus compañeros arrastraban las palabras hasta el punto de que su discurso era casi ininteligible. Calculó que a esas alturas solo tenían un veinticinco por ciento de posibilidades de sobrevivir. Pensar en su familia le llenaba los ojos de lágrimas, pero se dijo que no debía llorar: no podía desperdiciar ni una gota de agua.

A última hora de la tarde, no mucho antes de que Ignatius y la

dotación de la *Téti Heri* llegasen a casa, los balleneros avistaron al este un par de volcanes coronados de ceniza. La visión, en vez de consolar a Frans, lo hundió: se trataba de Flores, dos islas a poniente de Lembata. La segunda tormenta los había arrastrado a setenta y cinco millas de su hogar, fuera del área donde las embarcaciones lamaleranas los buscarían. Intentaron maniobrar al norte y al este, pero tenían el viento en contra y se alejaron del mar de Savu hacia el yermo océano Índico. Hubo hombres que se ataron a la nave para que pudiesen devolver sus cadáveres a Lamalera en caso de que la encontraran. Frans aún no estaba preparado para eso, pero decidió hacerlo al día siguiente. Rezó, consciente de que sería incapaz de salvarse.

Para variar esa noche cayó una lluvia indulgente, pero sin tormenta. Los hombres chuparon el agua de las camisas, las barbas y la vela. Después empezaron a masticar la ropa. Un cazador delgado se dio un atracón de la médula de árbol seca que usaban para calafatear las vías de agua. No habían probado bocado, a excepción de unos fideos de alga arrancados del mar. Eran demasiados para tumbarse en cubierta, así que se encogieron en las bancadas o se tumbaron en la *hâmmâlollo*, cabeceando entre los cabos con que se ataban para impedir caer al mar.

Frans tuvo un delirio febril con Dios, el cielo, el infierno y su familia. En un momento dado, la cubierta de nubes se apartó momentáneamente para dejar al descubierto un cielo tachonado de estrellas. La Cruz del Sur estaba plantada en el horizonte. Frans conocía esta constelación por el nombre de «Puntero», ya que observada desde el mar de Savu siempre señalaba a Lamalera, y por un instante les fue revelado el camino a casa. Tal vez sobrevivieran si lograban mantener ese rumbo; entonces podría volver a subir a Bena a caballito, alzadas ambas manos para evitar que se cayera, y maravillarse ante lo liviana y frágil que era, y ante su vitalidad; y ella reiría a gritos y le tiraría del pelo. Pero entonces las nubes volvieron

a cubrir el cielo y la señal que indicaba donde estaban su mujer y sus hijos desapareció.

Por la mañana, aunque la *Kéna Pukã* y la *Kelulus* podían seguir navegando, la *Kebako Pukã* había embarcado mucha agua, ya que a bordo no había nadie con fuerzas suficientes para seguir achicando. Habría que abandonar la *ur-téna*, la téna de todas las téna. Hasta Fransiskus «Sisu» Bataona, capitán de la *Kebako Pukã* y cabecilla del linaje Ola Langu del clan Bataona, propietario de la embarcación, se mostró de acuerdo y se prestó voluntario para hundirse junto a su nave, antes de que los demás lo convencieran de que eso era innecesario.

Sisu se encaramó a lo alto de la *hâmmâlollo* que asomaba a flor de agua. Tenía la garganta tan seca y estaba tan cansado que se sentía como una hoja al término de la estación seca, marchito y a punto de caer. Se dirigió al espíritu de la téna: «Ya no tenemos más fuerzas. Es mejor que te adelantes y nos esperes en la orilla». Recitaba la Molo Ge Tede Kame re Mara, una despedida ceremonial empleada en ocasiones para despedirse de los fallecidos.

Los demás lamaleranos lloraron a su espalda. Sabían que el hecho de abandonar la téna sagrada era una responsabilidad compartida por todos. Los Antepasados, decepcionados, se cobrarían venganza.

Para cuando Sisu subió a bordo de la *Kéna Pukã*, las corrientes habían empezado a llevarse a la *Kebako Pukã*. Viró a un lado y su *hâmmâlollo* rozó las plataformas de arponeo de sus dos compañeras. Fue como si se despidiera. Las olas le hundieron la proa y el mar no tardó en engullirla. Los lamaleranos, roncós, rompieron de nuevo a llorar.

Izaron la vela de la *Kéna Pukã*. Poco después, Frans y sus compañeros tuvieron la alucinación de que divisaban Lamalera a pocas millas de distancia. En la orilla ardían hogueras tan resplandecientes que parecía de noche a pesar de estar a plena luz del día. Remaron con las pocas fuerzas que les quedaban,

pero durante toda la jornada su hogar siempre se mantuvo fuera de su alcance.

Cuando la noche se coaguló, la visión desapareció y los lamaleranos se tumbaron como cadáveres en las barcas. Frans creyó muertos a algunos de sus compañeros. Pese a todo, no se aseguró con un cabo a las bancadas. Podía soportarlo un poco más. Si amanecía sin esperanza, se aseguraría a la téna. Sería lo que Dios quisiera. Soñó que su mujer acunaba a su recién nacido.

Poco antes de medianoche, Frans despertó de su ensoñación al oír el grito roto de uno de sus compañeros y verlo señalar la oscuridad. Entonces distinguió una hilera de ventanitas iluminadas que flotaban sobre el mar de Savu y que enmarcaban a un grupo de hombres y mujeres de piel clara vestidos con elegancia. Un haz de luz intenso se deslizaba por las olas, y lo cegó cuando se posó sobre su téna. De pronto comprendió por qué los Antepasados los habían incitado con aquellas visiones de su hogar: había sido su modo de lograr que se aferraran a la vida unas pocas horas más.

Un barco de metal que cuadriplicaba en eslora a la téna y tenía las palabras *Spice Islander* pintadas en el casco se aproximaba hacia ellos. Yendo de caza, Frans había visto barcos modernos, pero nunca había estado tan cerca de uno. Creyó delirar al ver cómo un brazo metálico depositaba en el mar una lancha motora. La lancha se les abarló, amarró las téna y remolcó a los balleneros hasta el *Spice Islander*. Las promesas de comida y agua lograron que los cazadores se desamarrasen de la *Kéna Pukā* y plegasen la vela.

Cuando los lamaleranos subieron por la escala de metal que situaron a proa, unos cuarenta extranjeros se alinearon en el pasamano, mirándolos a través de extrañas cajas metálicas que a continuación los cegaron con destellos blancos. Marineros indonesios ayudaron a los cazadores, muy debilitados. Los hom-

bres y mujeres de piel clara les estrecharon la mano y les dieron botellas de agua de plástico que tuvieron problemas para abrir hasta que alguien les enseñó a hacerlo. Los turistas los hicieron posar y los miraron de nuevo a través de las cajas de metal. Frans estaba demasiado cansado y agradecido como para que aquello le importara.

Entonces el capitán del barco, un hombre llamado Sebastianus Rosari, los condujo al comedor. Allí les sirvieron café endulzado con leche condensada y porciones de un pastel crujiente que a Frans le supo amargo, y que Sebastianus le dijo que se llamaba pan. Era de Larantuka, la ciudad más grande del archipiélago de Solor, y había conocido a varios lamaleranos que acudían allí en busca de suministros. Su acento indonesio oriental y el hecho de estar familiarizado con su cultura contribuyó a que se relajaran. Les explicó que el *Spice Islander* iba de crucero desde las islas Komodo, hogar de los legendarios dragones, a Timor, desde donde los turistas volverían en avión a sus casas. A mitad de travesía habían escuchado un boletín por la radio informando de la desaparición de sus barcas. Captaron con el radar la señal de dos embarcaciones no identificadas que navegaban a la deriva, lejos de las rutas de tráfico habituales, y pusieron rumbo hacia ellas decididos a indagar.

Cuando terminaron de comer, Sebastianus se disculpó por tener que barrenar las dos téna supervivientes. Frans y los demás lamaleranos le rogaron que no lo hiciera, y le explicaron que las barcas tenían alma como un ser humano. Aceptó intentarlo. Gracias a la grúa de a bordo, la dotación izó la *Kéna Pukã* en cubierta, donde su casco, agujereado como un colador, quedó expuesto para que todos pudieran verlo. Sin embargo, cuando probaron a izar la *Kelulus*, la barca dañada empezó a romperse.

Los lamaleranos propusieron a Sebastianus remolcar la téna a la isla más cercana, donde podrían guardarla temporalmente. Pero eso, les dijo, lo desviaba más de setenta y cinco millas de su rumbo y debía desembarcar al pasaje en Kupang al día siguiente

para que pudieran tomar el vuelo. «La ley del mar dicta salvar a las personas, no los barcos.»

Hasta ese momento, un lamalerano se había quedado a bordo de la *Kelulus* para achicar agua, y allí había comido y bebido, pero ahora lo requirieron a bordo. Subió con la estacha leo, pero dejó la vela y los arpones para los Antepasados, que conducirían la embarcación a remo hacia el inframundo marino.

Las luces del *Spice Islander* iluminaron la *Kelulus*. Ya se hundía, puesto que nadie achicaba agua.

—Adelántate y espéranos en la orilla —gritó el propietario de la *Kelulus*—. ¡Pronto nos reuniremos contigo! Y a continuación desamarraron el cabo que unía la *Kelulus* al *Spice Islander*.

—¡Es mejor que me hunda con mi téna! —exclamó un ballenero. Hizo ademán de saltar por la borda, pero los demás lo inmovilizaron.

Muchos lamaleros lloraron histéricos. Otros se taparon los ojos, incapaces de presenciar el hundimiento de la segunda nave que perdían en esa cacería. Frans intentó afrontar la despedida sin pestañear, pero sentía el mismo pesar de quien ve cómo se ahoga un familiar.

Todas las téna tienen un par de ojos pintados a ambos costados de la proa. Cuando el *Spice Islander* se alejó a motor, su estela hizo girar la *Kelulus* hasta que la téna encaró a los lamaleros que se alejaban. Separadas ambas embarcaciones, no hubo un solo instante en que la *Kelulus* rompiera el contacto visual. Frans estaba convencido de que el espíritu de la téna le dirigía una despedida personal. Finalmente lloró. Años después, cuando contaba la historia a los jóvenes lamaleros aún se le llenaban los ojos de lágrimas.

Los turistas fotografiaron el espectáculo.

Esa noche, los lamaleros durmieron en un lecho de mantas y almohadas apiladas en la cubierta de observación. Muchos de los turistas habían donado ropa. El pijama de Frans era una camisa de etiqueta de manga larga cuyos puños le cubrían las

manos y cuyo faldón le llegaba hasta las rodillas. La mayoría de los lamaleranos se sentían igual de ridículos, pues los occidentales parecían gigantescos y obesos en comparación con los menudos y delgados balleneros.

Aunque Frans estaba tan cansado que no pudo evitar quedarse dormido, pensamientos inquietos lo despertaban sobresaltado cada poco. ¿Qué hubiese pasado si el *Spice Islander* no los hubiera encontrado? ¿Y cómo los juzgarían los Antepasados por haber perdido la téná?

A la mañana siguiente, a Frans le desconcertó y entusiasmó aquel barco. Nunca había subido a una embarcación que no se balanceara con el oleaje. El aire acondicionado lo dejó perplejo. Le asombraba la cascada en miniatura que caía del techo del baño para lavarse. Le parecía divertido que los turistas hiciesen sus necesidades sentados en una silla, porque los lamaleranos lo hacen en cuclillas. Cuando echó un vistazo a las camas dobles y las luces cenitales de uno de los camarotes de los turistas, no pudo evitar compararlas con los colchones rellenos de vainas de maíz y su diminuta casucha de ladrillo sin luz eléctrica.

Sebastianus había enviado un mensaje por radio, y un tropel de funcionarios, periodistas y lamaleranos expatriados aguardaban su llegada en el muelle de Kupang. Tras ellos, la luz del sol arrancaba destellos a los tejados de chapa ondulada y a las antenas de radio y televisión.

Frans nunca había visitado Timor, pues solo había ido a pescar a las islas próximas a Lembata. Su primer instinto consistió en esconderse, pero no tuvo otra opción que enfrentarse a aquel nuevo mundo. A lo largo de la semana siguiente, mientras los demás lamaleranos y él aguardaban la llegada de un ferry que los llevase de vuelta a Lembata, vagabundó por los polvorientos paseos de Kupang. La capital provincial era un remanso de paz en comparación con el resto de Indonesia, un lugar donde la gente aún vestía el pareo tradicional tejido a mano cuando iba a la iglesia los domingos, y había quienes todavía se desplazaban

a caballo, pero bastó para revelarle a Frans cuál era el futuro que les aguardaba: edificios de cemento de varias plantas; televisores que parloteaban sobre el presidente indonesio; radios en las que sonaba Ace of Base; motocicletas circulando por carreteras recién asfaltadas. Más de cien mil personas que habían olvidado a sus Antepasados.

Cargaron la *Kéna Pukā* en la lúgubre bodega del ferry y los lamaleranos la escoltaron de vuelta a su hogar. Antes de que Frans y el resto de los cazadores pudiesen entrar de nuevo en el poblado, tuvieron que esperar varios días en una aldea vecina mientras la tribu exhumaba las conchas de nautilo que habían sepultado en lugar de sus cadáveres, y también hubo que celebrar un ritual chamánico para revertir sus funerales. Más tarde, Frans condujo otro ritual para reclamar que las almas de las téna hundidas regresaran a la casa de los espíritus de sus clanes.

Pero incluso cuando se hubo reconstruido la flota, a Frans le siguió preocupando la sensación de que nada era como antes. La traición de los hombres de la *Téti Heri* a la regla de unidad dictada por los Antepasados no se había llegado a resolver. Era un hecho sin precedentes y no existía un ritual que pudiese sanarlo, e incluso décadas después, Ignatius, Frans y Yosef Boko tendrían serias dificultades para hablar de ello. Cuando Frans miraba a poniente, recordaba el mundo ajeno que se extendía más allá del horizonte y no podía evitar preguntarse cuándo llegaría hasta él.